

isueña expresión de la naturaleza! Méjico; tierra bendita llamada á ser el asilo clásico de la libertad; tan rica como codiciada, tan hermosa como desventurada. Méjico. Joya preciosa de esa hada hechicera de la América, brillante, dorado ensueño de Cristóbal Colón! el pueblo que en las profundas angustias de tus tormentos, supo romper las cadenas con que te aprisionaba el poder español; el pueblo que deificando sus dolores, al compás de sus cantos de victoria sacudió el yugo de las preocupaciones y de la tiranía; el pueblo que á la faz del mundo levantó su nombre glorioso sobre la fama bélica de la orgullosa Francia, hoy bajo la influencia sacrosanta del inmortal recuerdo de Hidalgo, jara librarle de los peligros que te amenazan, y hacerte fuerte por la unión, rica por el trabajo, grande por la ilustración y feliz por el patriotismo. Entre tanto, este oscuro hijo de ese pueblo, espera ansioso con la mano sobre el sombrero, los albores de la hora suprema de tu dicha, para saludar entusiasmado tu venturoso porvenir:

¡Mejicanos! ¡Viva la Independencia! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la República!



La juventud que marcha

Los hombres pensadores, las naciones civilizadas, llevan siempre por brújula de su porvenir, que marque el norte de su gloria, el progreso de la juventud; no será jamás este progreso positivo aquel fantasma ridículo que espanta á los pueblos supersticiosos con cuentos de duendes é invenciones femeniles, azás crédulas, para un vulgo ignorante, sino el perfeccionamiento en la inimitable ley eterna y divina que ordena las costumbres y pone á Dios por autor único y soberano del destino de la humanidad y del orden del universo. ¿De qué serviría la ecuación siempre variable de a-z si, sobre esa fórmula de una matemática que calcula, está invariablemente fundado el destino de una alma que desde su primer aliento reconoce á su Dios, autor de las maravillas de un mundo cuyos habitantes muchas veces se enloquecen para resolver ¡miserables! la trascendental fórmula del infinito!

Quién ha puesto ese pequeño pedazo de barro sobre la tierra para creerse soberano, único

y despótico, de todo lo que estuviera sobre la medida de sus dominios, la órbita de su NADA? Sin Dios nada explica, con El todo lo resuelve, porque es el norte de su destino. Progrese, sin saber á donde, riase, discuta, dude y asegure, admita ó desprecie el hombre, según el emponzoñado libro de doctrinas impías y sin creencias fijas, y ya veremos luego **un sabio en miniatura** con el corazón corrompido; un hijo rebelde coronado con las marchitas flores de unos estudios mal aprendidos y peor interpretados; un bárbaro, con cuerpo de niño y alma negra: porque está resuelto á todo, todo, menos á la observancia de la ley santa y yugo suave del Evangelio.

¿Qué será entonces del respeto á los padres, el amor á sus semejantes y sobre todo, del respeto y culto á la Divinidad? La ley sería el capricho y la moral el **sic volo, sic juveo**, así lo quiero, lo mando así; en cuya ridícula parodia demostraría la imbecilidad, halagando su necio orgullo. ¡Nunca el imperio del mundo, obra maestra de un ser inmenso, podría gobernarse por esos párias que abdican de su dignidad y ponen ridículo su miserable ser! Quien quiera reinar que sepa vivir: y en esa antítesis gloriosa para los hombres está basada la dignidad.

Mas ¿qué observamos en nuestros días? ¿Qué escuela sigue la juventud para resolver el gran problema de su porvenir? ¡Triste es decirlo y llena de espanto!; No es el amor de la virtud ó el conocimiento de Dios: por dergracia se ha borrado hasta su nombre del frontispicio de

las aulas, y solo se le quiere encerrar en los muros del templo! La poesía y la filosofía son lánguidas y estériles cuando no armonizan sus cantos con el nombre augusto de Dios; y diremos más: el hombre se trasforma en un bárbaro cuando procura olvidar la primera verdad, el primer autor que ha sembrado de maravillas y encantos al universo, que es la sonrisa de Dios. ¿Qué espera el miserable en el árido desierto de la vida? con razón el gran vate Eduardo Young exclamaba:

¿Qué proporción habrá entre la grandeza
De aquella Magestad y la torpeza
Del más noble y sublime acento humano,
Acaso porque el hombre ha recibido
El don de ver sus obras, y pasmarse,
Pretenderá atrevido,
Atomo de un mundo átomo arrojarse
A murmurar desde este polvo oscuro,
Las glorias de su Dios con labio impuro,
¿Dónde encontrar ideas y expresiones
Que de él no sean indignas?
Aunque mi pensamiento penetrase
Al centro de la tierra, ó registrase
Todos los cielos, ¿qué comparaciones,
Qué imágenes podrá hallar tan dignas,
Y tan nobles, que de él no desdijeran?
Cuando, á este fin los hombres consideran
Del orbe la belleza y opulencia,
No ven más que tinieblas é indigencia.

De aquí es que, juzgando á nuestra edad según sus principios disolventes: el amor de los padres es una cobardía, un servilismo; la compasión y amor á sus semejantes un temor y bajeza; el amor á Dios una hipocresía y un acto de fanatismo: gozar según lo exijan los placeres más vergonzosos, y ser libre, con la libertad que fácilmente se trasforme en libertinage; amar á quien nos proporciona el goce sensual, y vengar, aun con peligro de nuestra existencia, al enemigo de nuestro bienestar, es la ley que ansían los sustitutos de nuestra propiedad y de nuestro nombre. La ciencia de hoy olvida su pasado y se burla ignorante de nuestro porvenir "comamos y bebamos mañana, pues, moriremos."

Ese drama, que infunde terror á los hombres pensadores, está demostrado con la historia de tristes ejemplos: ¡El héroe es un joven! "Su padre le prescribía su régimen que más le convenia para ser robusto y fuerte; y como á la edad en que á otros niños se les enseña el quién es Dios? ya estaba él cansado de saber que no existía, no tuvo que preocuparse lo más mínimo con esas cosas que cuentan á los rapaces las duñas impertinentes y las madres aprensivas.

Al modelo de su padre se ajustó el desdichado cuando llegó la hora de dejar de ser niño y empezar á ser hombre. . . . En el doctor germinaban de vez en cuando, entre los recuerdos de su infancia, las enseñanzas de su madre: en la memoria del joven no había semillas de esta especie: nada podía brotar allí en daño de otro cultivo; lo que en el padre fueron dudas, en el hijo negaciones terminantes. . . . y llegó éste á ser en Madrid una de las glorias militantes de la sec-

ta que preparó en España el actual desbarajustado filosofismo."

Para no detenernos más en un cuadro tan horrendo, en que se pinta el vicio, la incertidumbre en el alma y la hiel en el corazón del hombre que en nada cree, vuelve el joven sus ojos á su padre que en nada le consuela; ve perdidos sus intereses, mancillado su honor y extinguida su esperanza; recurre á sus libros de autores sin fé, que solo lo han enseñado á dudar de todo, y no encuentra la calma que busca; y como todo cobarde incrédulo que no se atreve á arrojarse en brazos de su Dios, recurre al ridículo refugio que ponga término á su locura, porque no tiene ya valor para soportar desgracia tanta.

Escuchemos el monólogo á que se entrega, momentos antes de consumir su irrisorio triunfo: "Si hubiera infierno y en él un demonio mil veces más astuto y maléfico que el inventado por el místico fanatismo, no fuera capaz de disponer las cosas en mi daño con tan ingenioso artificio como las ha compuesto mi negra desventura. . . ."

"Este pensamiento que me abraza la mente y me esclaviza al vigor de mis propias ideas ¿qué es sino una excitación nerviosa, una secreción de mi cerebro? ¡El Espiritual fantasma de la razón sometida al dogma, y grillete de la libertad de la conciencia. . . . ¡y la virtud y el vicio, el bien y el mal, cosas convencionales, dependientes del clima, del temperamento, y de la educación!"

"Solo hay una cosa que no tiene fin, eterna é invariable: el dolor. ¿Quién sabe si él es la fuerza inconsciente, la voluntad ciega que lo gobierna todo? Pero es indudable que el reposo está en la muerte, en la aniquilación"

"Dormir en los brazos de la madre naturaleza, es el apetecible término de la lucha de la vida ¡Caiga de mis hombros esta pesada carga que me agobia, y descansenos de una vez!"

Así se despedía de la vida aquel suicida materialista sin fé ni esperanza y pocos momentos despues de su incertidumbre que lamenta y consulta, queda su cuerpo hecho pedazos en un profundo barranco de las montañas de Santander, al mismo tiempo que su cabeza era despedazada, dejando regada en las peñas su masa cerebral, único espíritu en que creía, la **sola sustancia pensadora** según las teorías del iluso y los disolventes principios de su padre.

Pasemos, dice un ilustrado publicista, pasemos por alto la desesperación y sacrilegos lamentos del que engendró para el infierno al héroe, por desgracia nada ideal, del bello romance; pero antes de apartar la vista del noble cuadro que os he presentado, ¡padres de familia, escojed! Dos son las carreras que ahora se abren para vuestros hijos. La primera empieza en la escuela sin Dios, continúa en las aulas impregnadas de materialismo, y en cambio de una que otra partícula de mundano oropel conduce á una muerte desastrada. La segunda

estriba toda, en nuestra adorable Religión que en el hogar, en la escuela, en la Universidad, én todas partes, graba profundamente sus saludables máximas; poco brillo trae y ninguno medro en los tiempos que corren; pero ahora y siempre da la verdadera felicidad, una paz inalterable aun en medio de los mayores infortunios, una muerte tranquila aunque sea violenta, una tumba gloriosa, aunque ignorada de los hombres.

He aquí por qué los Seminarios plantados bajo la vigilancia inmediata de la Iglesia, son una necesidad en nuestros tiempos, bajo el aspecto social y religioso; pues en ellos la ciencia y su autor científicamente se enlazan y armónicamente se relacionan con el gran todo positivo é interminable: LA ETERNIDAD.

F. A. Carranco.

1881



ENTONCES Y HOY.

(POR OTRO ESTILO)

A José F. Casarín.

Apenas hará diez y ocho años, y parece que hace cuarenta: tanto han cambiado nuestras costumbres. La plaza de Armas, escueta y triste de ordinario, con su fuente terminada en alta columna coronada con el gorro de la libertad; con sus enormes asientos de piedra con vista por un lado hacia el empedrado central, y por el otro hacia el empedrado de las calles; con su hilera de álamos en medio del embaldosado del perímetro, que servía para el paseo; la plaza de Armas, decimos, se adornaba, pocos días antes del de Todos-Santos, con amplios y elegantes puestos de dulces. El espacio que hacia el interior de la plaza dejaban libre dichos puestos, era ocupado por los de fruta. Aquello era una gran fiesta. Con anticipación de muchos días notábase desusado movimiento en las tiendas de ropa y en las sastrerías. Era que todos los habitantes de la buena ciudad de San Luis, hombres, mugeres y niños, se preparaban para estrenar. En aquellos felices tiempos, ninguna persona, de la categoría que fuese, podía dispensarse, so pena de pasar por de mal gusto y hasta descortés, de

plantarse vestida de nuevo de piés á cabeza el Jueves Santo, el de Corpus y el día de Todos-Santos. Solo los pobres de solemnidad se veían privados de placer, tan grande cuanto inocente aunque no económico, sobre todo, para los jefes de familias numerosas. Observábase también, en la última semana de Octubre, grande afluencia de forasteros, habitantes de las poblaciones todas del Estado, principalmente **rancheros, que bajaban**, era la palabra con objeto de divertirse durante unos cuantos días. El último de dicho mes, la animación era indescribible: los oficiales de las sastrerías se cruzaban en todas direcciones, llevando trajes compuestos generalmente de levita negra, chaleco de terciopelo y pantalón claro, grandes, medianos y chicos; los zapateros conducían casi arrastrando, enormes racimos de botines, de charol para los caballeros y niños, y de raso para las señoras; las criadas de casi todas las casas, iban á los cajones de ropa por flores, pañuelos, corbatas, listones, etc.; los rancheros invadían completamente la calle que va de la plaza de Armas á la del Mercado, se sentaban en las aceras comiendo cañas, cacahuates, naranjas, etc. Los puestos de dulces permanecían tenazmente cerrados, escitando la curiosidad y apetito de los niños, quienes se saboreaban de antemano pensando en las golosinas que encerraban, y los cuales no dormían en toda aquella larga noche.

Llegaba por fin el gran día. Para no distraernos, conduciremos al lector á la casa de una familia compuesta de muchos individuos

de todas edades, donde podremos presenciar las numerosas escenas á que daba lugar el amanecer de Todos Santos; en la inteligencia de que iguales ó semejantes escenas se veían en las demás casas de la ciudad.

Apenas los primeros rayos de la luz matinal penetraban por las rendijas de la ventana, los muchachos, tres hombrecitos y dos niñas, empezaban á levantarse á gran prisa, deseosos de disfrutar cuanto antes de los dulces placeres del día. La mamá se levantaba también para lavar, peinar y vestir á aquella turba ansiosa y descontentadiza. Es de advertirse que entonces los niños andaban todo el año sucios y mal vestidos con los deshechos de los trajes paternales, y que solo se aseaban y vestían elegantemente en las grandes fiestas mencionadas.

Oigamos los diálogos animados que con tal motivo tenían lugar:

—Mamá, mira á Pepe que se está poniendo mi camisa.

—¡Qué tu camisa! Si es la mía, vaya!

—Mira, mamá, que ya me la ensució.

—A ver, niño, ven acá para lavarte esas manos y esa cara.

—Mamá, dónde está mi pantalón.

—No lo han traído.

—Aaayyy! Y cómo voy á salir ahora?

Y el chico se tiraba al suelo llorando y arrancándose los cabellos.

—No llores, no llores, que ya lo traerán.

—No, no, no, ya no lo quiero ¡Aaaay!

—Pero, Juan!—gritaba la mamá, que veía

á otro de los chicos pisoteando la camisa en un rincón.—¿Qué estás haciendo, pícaro muchacho?

—Que Pepe me ensució la camisa y ya no me la pongo.

—Pues á ver qué te pones, porque esa es la camisa nueva.

—Pues yo no me la pongo, no saldré.

—Allá te las hallas. A ver, préstala. Mira como la pusiste, muchacho soberbio. Toma. Y el chico recibía un buen manazo y se iba gritando á hacer compañía al que, con chaleco y sin pantalón se revolcaba en el suelo.

—Mamá, gritaba llorando la niña menor, mira á Rosa que se ha puesto mis botines y no me los quiere dar.

—Estos no son tus botines.

—Ven acá, Rosa. Quitate esos botines: no ves que son los de Julia?

—No, dice Julia, yo ya no me los pongo. Ya me los hizo muy grandes.

—Quitate esos zapatos, Rosa! grita ya con enfado la mamá.—Luis! Luis! dónde estas, muchacho! Ven para acabarte de lavar.

Y Luis se presenta en paños menores con la cara llena de jabón, y con un sombrero Tegetoff nuevo, que se andaba probando.

—Mira como has llenado de jabón ese sombrero! Dios me dé paciencia con ustedes.

Y entre gritos, llantos, mocicones, manazos y pellizcos la mamá sigue lavando, peinando y vistiéndolo uno por uno, á todos los chicos. El sastre llega con el pantalón que faltaba. A un chico se le da una camisa vieja, porque la nueva estaba

arrugada. Poco á poco los ácidos se calman. Todos se andan echando agua en los ojos para que no se les conozca que han llorado. Este anda con los talones porque los zapatos le aprietan. El otro se ahoga dentro del cuello demasiado estrecho y alto de la camisa. El de más allá no puede pegar los brazos al cuerpo, porque las mangas de la levita son chicas y muy ajustadas. Una de las niñas se queja de que el resorte del sombrero la ciñe mucho; y la otra se entretiene, á hurtadillas, en vaciarse en el pañuelo todos los pomos de esencias que encuentra á la mano.

Por fin ya están todos listos. El papá aparece en el patio, y la turba corre á su encuentro gritando: ¡Papá, mi muerto! Papá mi muerto! Y el papá saca cinco pesos del chaleco y da uno á cada uno de los chicos.

—Papá, vámonos á la plaza.

—Aguárdate, hijo, deja que se vista tu mamá.

—Hum! Quién sabe á que horas acabará.

La gente menuda se impacienta, y va á urdir á la mamá. Está los manda noramala. Los chicos se salen mohinos, pero se ponen á travesear, y este baña al otro y el otro da un porrazo á Julia en las narices, y vuelve la jarana y la bola. La mamá concluye tranquilamente de vestirse, sale, arrastra á los chicos, los cepilla de nuevo, los vuelve á peinar, los echa de dos en dos por delante, toma el brazo de su espaso y dice con mucha prosopopeya: A misa!

Esta palabra no es muy del agrado de los chicos, pero fuerza les resignarse, y se dirigen á la iglesia. Durante el oficio, Pepe, Juan y Luis se entretienen en tocarse el peso que llevan en el

bolsillo del chaleco, en sacarlo á hurtadillas y contemplarlo con delicia, lo que les vale buenos pellizcos de la mamá.

Hete, por fin á mi gente en la plaza.

Qué gritos! qué algarabía! qué confusión! Este vende cera barata, el otro dulces, el de más allá, las famosas **encaladas** ó pan para los muertos.

Los rancheros obstruyen el paso, ostentando sus enormes sombreros, sus chaquetas de cuero y sus inmensos **palpacates** llenos de fruta. Entre aquel gentío, los pilluelos se entretienen en pegar calaveras de papel á los caballeros y señoras.

Gravemente avanzan nuestros héroes entre aquella apiñada muchedumbre. Los chicos, embobados ante las preciosidades de los puestos, uno con el sombrero al revés, otro arrastrando casi los pantalones, y el otro medio crucificado dentro de la levita. El papá con sombrero alto á la moda, prisionero dentro de enorme y almidonado cuello, ostentando corbata de **ganchito** y chaleco de terciopelo verde, lo que da á su voluminoso abdomen el aspecto de un gran **mayate** tornasolado. La mamá luciendo un costoso tapalo de gró azul y negro, un traje de seda amarillo sobre una **crinolina**, cuyo diámetro sería por lo menos de tres varas. Caminaban con tal magestad, que diríase eran reyes conduciendo á los príncipes sus hijos.

Por el mismo estilo era toda la concurrencia elegante. Los puestos estaban atestados de pollos, (jóvenes de veinticinco á treinta años), y de solterones. Estos tomaban una copa de cog-

nac; aquellos una limonada, mientras hacian señas á las pollas que paseaban.

Nuestros chicos hacian, entre tanto, sus compras de dulces de pasta de almendra, sus muertos y calaveras de azúcar, de cañas, chirimoyas, aguacates, zapotes, etc., etc., y era de ver, á la una de la tarde que se retiraban, los montes de dulces y frutas que cada uno conducía. Llegados á la casa empezaba el ataque general á los efectos comprados. Por supuesto que en la tarde una tremenda indigestión, tambien general, ponía en alarma á la familia, y en juicio á todos los chicos.

Hoy las cosas han cambiado. Ya los papás no cargan con sus nenes al paseo. El jefe de la familia se va solo con sus amigos; la mamá sale con las señoritas. Los chicos, elegantes, bien puestos, á la última moda de París, van á los pequeños puestos del mercado, no á comprar dulces, sino á saborear un gin-cocktail y á requebrar á las pollitas. Todo mocoso mayor de siete años se consideraria deshonorado si comprara un dulce. A la una del día se van á la fonda á comer, y despues, con el puro en la boca, á jugar un partido de billar. Algunos apenas alcanzan á la mesa. Deberian construirse mesitas á propósito para ellos. Por la noche van al paseo, cada quien invita á sus amigos á tomar una copa. En seguida se ponen a pasear, haciendo picardías que no son para dichas, expresándose, como es de buen tono, en el pulcro lenguaje de los carreteros. Su conversación versa generalmente sobre sus amores con Fulana y con Zutana, pollitas que

pueden caer aún en un pozo de esencia. En seguida se introducen en alguna de las innumerables roletas que de día en día van sustituyendo á los puestas, y juegan con el mayor aplomo del mundo, ellos, los títeres, y pierden ó ganan: en el primer caso, la mamá los sica de apuros; en el segundo ¡á gozar! Retirarse ántes de las dos de la mañana es **cursi**.

¿Qué sería mejor: entonces ú hoy? No estamos ni por uno ni por otro. Otra vez nos explicaremos.

Noviembre de 1881.

P. Colunga,

La recompensa de una buena acción.

Era una tarde del mes de Abril. Los rayos del sol iluminaban con su ténue luz la hermosa playa del pueblo de X. María y su hija Rosa permanecían sentadas en una roca contemplando el crepúsculo vespertino. Todo lo que las rodeaba convidaba á gozar. La paz y la tranquilidad con que vivían, hacían envidiable su posición; eran pobres, pero vivían felices; vivían lejos de la sociedad y sus encantos, pero en cambio la ternura maternal alimentaba á una, y el cariño de la inocencia daba vida á la otra.

María, arrobada en sus pensamientos dejó caer una lágrima que presurosa le jugó su pequeña hija y le dice, no llores, madre mía, no eres feliz con mi cariño? Tu llanto me entristece.

María le da un beso y se aleja un poco de ella mientras la niña se divierte en recoger las conchas que arrojan las olas al bañar la playa. Al retirarse exclama ¡Pobrecita! Porque hacerla sufrir desde su tierna edad!

Cuando la niña se quedó sola, ve que se acerca un pobre anciano, cubierto de harapos y un profundo pesar pintado en su semblante, y le dice: bella niña, dame un pedazo de pan, tengo hambre.

Commovida al escuchar su voz, olvida que la autora de su ser no está a su lado y le contesta: Ven conmigo, en mi casa tengo pan y te alimentaré, te daré vestido para que te abrigues. De sus ojos ruedan dos lágrimas y sin reflexionar que se aleja de su adorada madre, se dirige hacia su casa acompañada del que imploraba la caridad.

Vuelve la madre y al no encontrar a su hija en el sitio donde la había dejado le grita desconsolada Rosa... Rosa... porque no me respondes? Los pensamientos más tristes agitan su mente, nadie responde sino el eco de su voz. Se vuelve hacia la casa, y la fatalidad ó la fortuna que enlaza algunas veces los acontecimientos, hacen que no la encuentre, pues la niña, después de socorrer al pobre anciano, presurosa se vuelve hacia la playa á referir á su mamá lo que acababa de hacer.

Llega la niña, la noche comenzaba á cubrir con su manto aquella fértil ribera y la luna aso-

maba por el horizonte. Creyéndose sola, con la ternura de su corazón virgen aún, eleva una plegaria al Ser Supremo, pidiéndole la conduzca con la que le dió el primer beso maternal. Nadie la escucha, nadie la vé, pues el mendigo habíase quedado alimentado con el pequeño socorro de la chiquitina. Oye no muy lejos el anciano una voz angelical que con ansia pide el consuelo; comprende que es la de Rosita y se levanta presurosa hasta llegar al punto de donde oía la voz que lastimaba su corazón. No llores mas, hermosa niña, tu llanto quema el alma mía, experimento una emoción extraordinaria. Tuve una esposa; al separarme de ella aun no daba á luz al ser de mi ser, al objeto de ternura. El deber de la patria, el deber de un buen ciudadano me hizo dejarla hace diez años y no he vuelto á verla; nadie ha podido darme razón de mi María. Tal vez cree que he muerto.

Le interrumpe la niña y le dice: oye, buen anciano, dime tu nombre;... eso que me referes se parece algo á lo que mi madre me ha contado.

Yo nací en este pueblo poco tiempo después que mi padre tuvo que partir. Hace diez años que mi madre no tiene otro consuelo que divisar el ancho mar, esperar ansiosa las naves que llegan á esta playa y preguntar á todos por su querido esposo. Es todo en vano; nadie na podido darnos noticia de mi padre á quien no conocí, y para llorar sin que nadie interrumpa su llanto, se deja de mí, como ves, y me deja divertida en este lugar.

El anciano no pudo dominar su emoción y dice ¡qué felicidad! Dios mío! Dios mío! En estos momentos llega María que por segunda vez buscaba á su hija..... Se detiene... sorprendida, la abraza, llora con ella, y le promete que jamás se separará, que llorará la muerte de su esposo en presencia de ella, que es la mitad de su ser, el ángel que la consuela y la esperanza de su porvenir Carlos, esposo mío, mira á tu esposa é hija pidiendo al cielo por tu eficacia.

El pobre anciano enmudeció al oír aquella voz entrecortada por el llanto. Haciendo un poderoso esfuerzo se acerca, la abraza y le dice: soy Carlos, Carlos Rafael, tu esposo. Tu ausencia y los pesares han marchitado mi semblante, han nublado mi frente y me han puesto en el estado en que me ves. He venido implorando la caridad, por conocer al ángel de mis ensueños, por acabar mi vida con la compañera fiel de mi existencia. Oh! esposo mío, Carlos querido! El Dios Omnipotente ha concedíome lo que ansiaba mi corazón, lo que pedía frecuentemente á El. Es tu padre, hija mía, llora en sus brazos, enjuga su llanto.

Forman un grupo encantador, se arrodillan, bendicen á Dios por el feliz encuentro, y son dichosos desde aquel día.

San Luis Potosí, Julio 6 de 1884.

Antonia Rojas.



ALOCUCION

Léida por su autor el Sr. Lic. Primo F. Velázquez, en la solemne instalación de la Sociedad "Orozco y Berra" de Historia y Literatura, la noche del 16 de Septiembre de 1886.

No hablara yo, señores, delante de vosotros que tan bellas cosas sabéis decir, si no fuera porque en este día, lo mismo á los que han llegado á las cimas del espíritu que los que medrosos y desconfiados han desandado el camino, y á los que turbados por su ignorancia apenas si pueden descubrir las asperezas, y los obstáculos; lo mismo á los que huellan la cumbre que á los que bordean por la falda, á los que cabalgan en el hipógrifo y á los que van á la grupa de Clavileño, á todos por igual, si sienten circular la sangre que, rasgando las venas de los aztecas, trasfundió con la espada el conquistador ibero, á todos cumple aclamar á la madre Patria, que hoy recorre su marcha triunfal, en su dorado y esplendente carro, llevando en el regazo las palmas y laureles de

1020005990

sus héroes, con la sien ceñida de rosas y con su manto de estrellas.

No lleva delante ni reyes encadenados, ni míseros esclavos agobiados con el peso del botín que tanta sangre y lágrimas cuesta. ¡No! Ella, como su madre latina, sabe domar al bárbaro, no con la espada, con LA RAZON ESCRITA, con el derecho, que, si no hace brotar la yerba donde estampa su casco el corcel de Atila, si puede ser, y lo será sin duda, la túnica de Neso que, inflamando las carnes del Hércules sajón, lo haga morir despechado, devorando su tosea ambición y su mal encubierta ignominia.

Porque pensar que las grandes cuestiones que agitan la vida de los pueblos, pueden ser á gritos y á golpes resueltas, es ignominioso en verdad. Temístocles pára con una fría observación el brazo de Euríbiades; y cuenta que su espada no estaba enbotada, ni siquiera á fuerza de herir. Victóriosa era y pujante su brazo, como pujante y victoriosa han sido el brazo y la espada de México, de México que, cual España y cual Francia, en más de una ocasión ha probado que si corre á raudales la sangre de sus hijos por mantener su dignidad é independencia, éste es el mejor abono que la madre Naturaleza quiere para hacer brotar á la vida generaciones de héroes.

Puede con su dinero el sajón comprar armas é improvisar ejércitos numerosísimos; pero nunca tendrá dinero bastante para comprar el heroísmo ni para comprar la gloria. México tiene sangre para que de ella beba y se harte y ahogue la turba americana, la bez de las naciones, la escoria del mundo. Si quiere hartarse, que venga:

sobran aquí cuevas donde como en Asturias amide el patriotismo y engendre guerreros inmortales y hechos famosos. Que llegue y tale, incendie y mate: la revancha vendrá. Que pasen uno, dos ó más siglos: la revancha vendrá. ¿No supo España aguardar ochocientos años? ¿No puede Francia esperar eso y más, si preciso fuere, para reconquistar á Alsacia y recobrar á Lorena? ¿Pues por qué nosotros no podríamos aguardar ochocientos años para arrancar del pabellón americano las estrellas que representan á Texas, California y Nuevo México.

La evolución histórica se cumple siempre, y vosotros sabéis que la evolución histórica no es más que la manifestación del derecho, el esplendor de la justicia. Coiosos mayores han caído, cuando han tenido que purgar sus crímenes.

No te detengas ¡oh Patria! Sigue; que la muerte es castigo de cobardes: los corazones enteros no perecen jamás, antes logran realizar el sublime ideal de la bondad y la belleza, que, puesto como inmenso blasón por epílogo de su historia, les gana inmarcesibles coronas con el tributo de todos los siglos.





UN SUEÑO.

Era una tarde del mes de Marzo, tarde hermosísima en que la naturaleza virgen empieza á ostentar todas sus galas y primores; en que los campos, cubiertos de verdor, ya ofrecen á esa juventud fascinadora y gozosa, las bellas flores con que el cielo los ha enriquecido; en que los pájaros, gorgiendo alegres en el verde ramaje de los árboles, entonan un himno de alabanza al Ser Supremo como autor de sus criaturas.

Yo paseaba por los campos á los últimos reflejos del sol, buscando la senda más apartada y solitaria para entregarme á las reflexiones, y recordar allí las horas de ilusión, de alegría, de placer y de tristeza, que dejan el alma sumergida en un caos de confusas ideas.

Como caminaba ensimismada contemplando la hermosura de aquella tarde y admirando en todo lo que me rodeaba la grandeza y bondad infinita de Dios, llegué bien pronto al lugar donde deseaba. Rendida por el cansancio, sentéme á la orilla de un río, sobre el cual el as-

tro de la noche empezaba á esparcir sus rayos, confundidos aún con los del sol, en la superficie clara y cristalina de sus aguas perfumadas por algunas flores que arrastraba en su corriente. Tan absorta estaba en mis pensamientos que me vino un profundo y delicioso sueño; de manera que á los pocos instantes yo soñaba: pero, ¿qué soñaba? Quizá mi sueño no tenga ninguna relación con el objeto con que nos reunimos en este sitio; pero os lo referiré con el lenguaje tosco y rudo de que soy capaz, y me direis si tengo razón ó no para haberme impresionado.

Soñé que como se llegaba el día en que había de presentar mis desnudos pensamientos, y no teniendo una idea, una frase, ni una palabra aún para empezar á formar mis mal desci- fradas líneas, se había apoderado de mí la idea de no seguir más, aunque con pesar de mi corazón, el estudio de la ciencia que con tanto ardor había empezado.

Un desaliento se había apoderado por completo de mi espíritu desfallecido y pronto ya á sucumbir á la idea que tenía formada, si una mujer que me habló en estos términos, no hubiera llamado mi atención.

Oye, buena niña ¿porqué tus facciones están contraídas y tus ojos parece se han humedecido con el llanto? ¿no tienes, por ventura, el regazo de una madre, el abrigo de un padre, un hermano, una amiga á quienes comunicar todos tus sufrimientos? No parece sino que el dolor agobia los más preciosos años de tu vida.

Oh! sí, le contesté, si tengo todos esos seres amados que labran la felicidad en la tierra; pero esos seres no pueden hoy calmar en algo la tristeza que me aflige, y por eso estoy al punto de perderlo todo.

¿Cómo perderlo todo! exclamó ella entristeciendo su semblante antes risueño y apacible, ¿qué será posible que te dejes subyugar al peso de los trabajos que el Creador manda á su criatura? tan grande será tu aflicción que no me la puedas comunicar para ver si en algo alivio tus penas?

Mi pena, le contesté con respeto, no es nada para otra persona; pero para mí es un trabajo superior á mis fuerzas, cual es, el de presentar una composición, algo, pero que sea exclusivamente propio de la persona á quien se designa. Y, ¿qué hacer? ... Pensaba formular una composición pequeña, y aunque fueran mal escritas mis ideas, por ser la primera vez, dedicarlas á mi infatigable Maestro que tanto interés toma por instruir al sexo débil.

Pienso mucho, pero no encuentro como expresarme, cómo manifestarle mi reconocimiento por el bien que ha hecho á mi alma.....

Callé, y esa mujer fijó en mí sus lindísimos ojos, y una grata sonrisa se desprendió de sus labios de rosa, la que fué correspondida por una de las mías.

Esa mirada, esa sonrisa, aún las tengo presentes, aún las veo. Parecieron un rayo de luz á mi espíritu, porque al instante mis labios, antes trémulos para pronunciar una palabra, se sintieron con valor suficiente, si no para escribir lo que pensaba, al menos para sostener el diálogo con aquella visión encautadora.

En seguida me interrogó diciendo: —¿Y sabes quién soy yo que, tanto me intereso por dar el consuelo á los afligidos y conducirlos al puerto seguro de salvación? ... ¡Oh! lo comprendo, estás confundida, y esas tus lágrimas me dicen no entiendes lo que te digo; pero me expresaré con claridad para que veas que soy la madre más amorosa para con sus hijos y la amiga más fiel para con otra amiga. Soy: *La Madre del amor hermoso, de la ciencia y de la santa esperanza.* Así pues, échate en brazos de mi amistad y anda á manifestar, con el lenguaje que te es dado, el júbilo que embarga tu pecho y el cariño y respeto que debes á la persona que dices, y no vuelvas jamás á desconfiar de la misericordia divina.

Apenas acabó de decir estas palabras cuando, sostenida como por seres sobrenaturales fué elevándose poco á poco dejándome extasiada y confundida. Quise verla de lleno; pero me lo impidió una luz tan fuerte, que me hizo volver los ojos al suelo; levanté de nuevo la vista, y ya no ví más que sombras y tinieblas en mi derredor.

Al momento desperté: ya no estaba en el campo, sino en mi estrecho cuarto, alumbrado con la claridad de la aurora que, esparciendo su tenue luz, anunciaba la venida del nuevo día.

Al punto tomé un lápiz y papel para marcar de una manera clara los conceptos que mi acalorada imaginación había reproducido en el

tránsito de un sueño celestial á la triste idea del desengaño, emanado de la quieta manera de juzgar. Toda vez que me preocupa la manifestación de mis ideas para hacer una relación correcta y acertada, me permito suplicaros os dignéis perdonar mis desaciertos.

Terminaré por decir que la ilusión, el placer, la alegría y el encanto que produjeron en mi alma las trasformaciones de la hada que contemplaba en mis ensueños, opacaron la luz de mis ojos, presentándome desde luego una nube rojiza, primorosa, que tomando formas naturales se elevaba de la superficie de la tierra, semejante en su esplendor á la imaginaria figura de un ángel.

Despojando mi espíritu de sus caprichosas ficciones y lleno de apacible calma, me hizo entrever el penoso tránsito de la ilusión á la realidad, ofreciéndome un porvenir de esperanzas risueñas mezcladas con el dolor, y asomando á mis ojos una lágrima de ternura, lancé un suspiro que ahogaba mi pecho.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Lorenza Díaz de León.



La Luz.

La luz! flúido misterioso que envuelve el universo, radiante fulgor que ilumina los etéreos espacios, débil reflejo de la mirada de Dios. Cuán bella es la luz! cuánto habla á mi espíritu su esplendor y lucidez!

La luz! es el fenómeno más maravilloso de la creación; ella es la que vivifica la tierra; ella es la que produce los hermosos matices de las flores; ella la que tñe de púrpura y oro las nubes que al morir el día aparecen en Occidente; ella, en fin, la que, difundiendo por todas partes con sus fulgentes rayos la animación y la vida, nos revela el poder y la grandeza de Dios. Todo cuanto en la naturaleza hay de bello, todo lo que conmueve dulcemente nuestra alma, sumergiéndonos en grata contemplación, debe sus encantos á la luz.

¿Qué serían los cielos y la tierra si ese flúido no los envolviese en sus purísimos destellos?

¿Qué sería del mágico espectáculo de la creación?